

UN MES.

Madrid... 4
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno ídem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno ídem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

CUADRO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

MUERTE DE DON ALVARO DE LUNA.

El trágico fin de don Alvaro de Luna, es una terrible lección para los ambiciosos, un funesto espejo del paradero de los favoritos, que siempre medran á espensas de los pueblos.

Juan II ocupó el trono desde muy niño. La regencia del reino fué conferida á su madre doña Catalina, en uníon con el infante don Fernando; ambos gobernaron la monarquía con mucha uníon y sabiduría, y sostuvieron la gloria de la corona, haciendo por todas partes á los moros. Despues de la muerte de don Fernando, eligió la reina un consejo de regencia que ocasionó muchas grandes turbaciones.

El rey á su mayor edad tomó las riendas del gobierno, y entregó toda su confianza á don Alvaro de Luna, hombre de luces y de talento, pero que embriagado con el favor se llenó de orgullo.

Don Alvaro se habia criado con el rey; era el que mas distinguía entre sus pages, cuyo cargo obtuvo siendo presentado en palacio á la reina madre por su tío don Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, de un hermano del cual era hijo natural.

Don Alvaro llegó á las mas elevadas dignidades; fué nombrado gran condestable de Castilla, y su poder escedía al del mismo monarca. La victoria le coronó en diversas acciones contra los moros y contra los perturbadores interiores del Estado. La envidia escitó á los nobles, á quienes eclipsaba, á armarse contra él; sus primeros esfuerzos fueron infructuosos, y su derrota parecia deber dar mas estabilidad á su favor y consolidar el trono de don Juan II. La reina y el príncipe de Asturias don Enrique se colocaron de parte de sus enemigos; se hizo intervenir la mediación de las cortes, y obligaron al rey á desterrar al favorito y sus hechuras. Los grandes se apoderaron de todos los destinos; dividieron entre sí una autoridad, que ni sus talentos ni su valor podia sostener, y solo dejaron á Juan II el nombre vano, el título estéril de rey.

Una nueva revolucion le libertó de tan vergonzosa dependencia: El arzobispo de Toledo y don Juan Pacheco, marqués de Villena, se armaron, y convencieron del modo con que se con-

vencia en el siglo XIV, al príncipe de Asturias y sus parciales á que se reconociesen sus deberes. Se reconciliaron el rey y su rebelde hijo, y el monarca, logrando enganar la vigilancia de los que realmente le tenían preso en el castillo del Portillo, se puso á la cabeza de sus tropas y marchó contra los grandes confederados, que habian llamado en su ayuda al de Navarra. Los campos de Olmedo presenciaron la derrota completa de los rebeldes, la fuga del rey de Navarra y la muerte de su hermano don Enrique.

Humillado el orgullo de los grandes, don Juan llamó de nuevo á la corte á don Alvaro de Luna, le dió una nueva prueba de su aprecio nombrándole gran maestro de la orden de Santiago, y siguiendo sus consejos se casó en segundas nupcias con la princesa Isabel de Portugal. El príncipe de Asturias vió con disgusto la vuelta al poder de don Alvaro y el matrimonio de su padre; abandonó la corte, se declaró en rebelion abierta, pero las tropas de su padre le sorprendieron antes de haber podido reunir sus fuerzas. Aun otra vez por mediación de don Alvaro se reconciliaron el padre y el hijo, y lució

empezó á tramar su ruina, que su arrogancia aceleró.

Alonso de Vivero, contador mayor del rey y favorito de la reina, que habia debido su elevacion á don Alvaro, fué uno de los que bajo aparente velo de amistad hacia todos los esfuerzos posibles para derribarle del poder. Don Alvaro lo prendió y resolvió libertarse de un ingrato, de un rival peligroso, y aterrar á sus cómplices. Reunió en su casa el Viernes Santo de 1453 á los principales dignatarios de la corona. Vivero fué llamado al consejo que se celebraba en una torre, de la que le hizo precipitar despues de haberle hecho dar de puñaladas. El rey quiso castigar este acto de barbárie y de insolencia; la reina clamó fuertemente venganza contra el asesino de su favorito, y la corte toda se declaró contra el ministro, ante quien pocos dias antes se postraba servilmente. La casa en que habitaba don Alvaro fué cercada por el alcaide Zúñiga, que mandaba en Búrgos, y despues de una digna defensa que hicieron los criados de don Alvaro, y bajo la garantía de un billete firmado del rey, en que le ofrecia no le haría daño alguno, serindió don Alvaro, y se constituyó prisionero en su mismo aposento.

Prisionero y todo como estaba, viendo pasar debajo de sus ventanas al rey, á quien acompañaba el obispo de Avila, le gritó con furor, puesta la mano en sus barbas: *Por estas, clérigo, que me la habeis de pagar*, y el obispo, lleno de miedo, protestaba que no tenia parte alguna en su desgracia.

Don Alvaro fué trasladado al castillo de Portillo; vió abandonado de tantos como en su prosperidad habia favorecido; en vano intentó sincerarse de las acusaciones que le dirigian. El rey era su enemigo, los grandes, el pueblo, todos le condenaban á una voz. Sus jueces pronunciaron contra él la sentencia de muerte.

Oyó pronunciarla sin la menor emocion, mostrando hasta el último momento

el valor digno de un noble castellano.

Trasladado á Valladolid, fué conducido desde la cárcel á la plaza, donde se habia levantado un tablado enlutado, en el que habia un altar con una cruz y dos luces. Lleváronle caballero en una mula, rodeado de gran escolta de hombres de armas, así á pie como á caballo, y un caballero con el escudo y el estandarte de Castilla, y los ministros de justicia que publicaban por pregon: *«Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el rey á este cruel tirano, por cuanto él con grande orgullo é soberbia y loca osadía y injuria de la real magestad, la cual tiene lugar de Dios en la tierra, se apoderó de la casa y corte y palacio del rey nuestro señor, usurpando el lugar que no era suyo, ni le pertenecía, é hizo y cometió en deservicio de su corona, patrimonio y perturbacion y mengua de la justicia, muchos y diversos crímenes y excesos, delitos, maleficios, tiranías, cohechos, en pena de lo cual le mandan degollar, porque la justicia de Dios y del rey sea ejecutada, y á todas sea ejemplo que no se atrevan á hacer ni acometer tales ni se-*



Esto es lo postrero que te puedo dar.

un intervalo de tranquilidad para la patria, harlo trabajada con tantas y frecuentes disensiones intestinas, al paso que combatida por enemigos esteriore.

Don Alvaro de Luna en el apogeo del poder, soltó el dique á la arrogancia de su carácter; era implacable con sus enemigos, y segun la elegante espression del historiador Mariana, *era una fiera que agarrochean en la leonera y despues la sueltan*.

Rodeado de una guardia de honor, compuesta de vasallos suyos y mandada por su hijo natural, don Pedro, se presentaba en la corte con su hijo con un fausto que eclipsaba el del mismo soberano de Castilla. Los celos de este se escitaron; el yugo del favorito se hizo pesado al monarca mismo, que ya no vió en don Alvaro el amigo de la juventud, el ministro por cuya conservacion habia sostenido una guerra con los grandes y con el pueblo, sino un odioso tutor cuya autoridad le ofendia y molestaba.

El monarca empezó á conspirar contra su ministro; se unió con los enemigos de don Alvaro y

mejantes cosas. *Quien tal hace que tal pague.* Al subir don Alvaro al tablado fúnebre, de rodillas delante del altar, habló un momento con el fraile francisco, su confesor, que le asistía, que era el docto y ejemplar varón Alonso de Espina; levantóse, dió el sombrero á un page que le acompañaba, y el anillo de sellar, diciéndole: *Esto es lo postrero que te puedo dar.* El jóven se deslizo en llanto, y sus lágrimas fueron acompañadas de las de la muchedumbre.

Vió al verdugo que tenía en la mano una cuerda; preguntándole para qué era, le dijo que para darle las manos; entonces don Alvaro sacó una cinta negra ancha de seda, y se la entregó. Llámole la atención un palo altísimo, que con un garfio había junto al cadalso, preguntó con qué objeto lo habían colocado, y cuando le respondieron que para clavar en él su cabeza, contestó con la mayor resignación: *Después de yo muerto del cuerpo haz á tu voluntad.* Se acercó después á él el verdugo, le demandó paz, y con el mayor valor tendió él mismo el cuello, y su cabeza rodó bajo el hacha del verdugo.

Quedó su cuerpo, cortada la cabeza, por espacio de tres días en el cadalso con una vacía, puesta allí junto para recoger limosna para enterrar de caridad al que en vida no había en el palacio de los reyes. Enterráronle en el sitio designado para los ajusticiados en la parroquia de San Andrés; algunos meses después se le trasladó á un enterramiento en el convento de San Francisco de Valladolid, y después á un suntuoso sepulcro que aun hoy ocupa en la catedral de Toledo y en la capilla de la orden de Santiago.

Así pereció don Alvaro de Luna, condestable, gran maestro de Santiago, después de haber vencido á los moros, llenado de gloria su nombre, y hecho grandes males y grandes servicios también á la patria. En los días de su prosperidad, un astrologo le había pronosticado que moriría en *cadalso*. Un pueblo de este nombre en la provincia de Toledo, era de la propiedad del maestro, y aunque era despreocupado y de gran talento, jamás quiso entrar en el pueblo de Cadalso, para evitar el cumplimiento del pronóstico.

Alguna vez acampó á la vista de este pueblo, pero siempre fuera de él. Sin embargo, el destino se cumplió, don Alvaro murió en *cadalso*.

UN DUELO Y UN MATRIMONIO.

LOS AMORES DE UNA MARQUESA VIUDA.

(Continuación.)

En cuanto al conde, su mayor defecto consistía en unos celos desenfrenados, inquietos y suspicaces, especialmente cuando amaba, y como estaba locamente enamorado de Mad. de Vincy, había querido penetrar hasta sus mas secretos pensamientos. Por otra parte, la petición que había hecho de su mano, era motivada aun por otras cosas que por el amor. Hacía poco tiempo que había muerto un tío de la marquesa, dejándola por testamento toda su fortuna, que era considerable, pero á condición de que había de casarse con un hombre de noble condición. De ese modo había en ese casamiento una razon de fortuna y conveniencia.

Una vez en posesion de la dichosa promesa, el conde había echado su mirada inquisidora sobre las que rodeaban á su futura, y como la marquesa hablaba de dar un preceptor á su hijo, había querido encargarse él mismo de ese cuidado. De ese modo había sido introducido Alberto en la casa.

Al principio Mad. de Vincy había acogido con benevolencia al jóven preceptor; luego, por uno de esos reviramientos súbitos, harto frecuentes en las mugeres, había principiado á tratarle con un rigor, y se podría decir, con una antipatia, que era incomprendible en una señora de carácter dulce, como había sido siempre con todos.

El conde de Laguche, que estaba tanto mas interesado por su protegido cuanto menos peli-

groso le creia, procuraba defenderle, y con ese motivo tenia con su futura disputas de que acabamos de ver un bosquejo.

—Vámos, prosiguió el conde, ¿qué podeis vituperarle que sea serio? Cuando yo le he conocido, daba lecciones á una familia de mis amigos. Todo el mundo hacia de él mil elogios; su cara franca, el sello de tristeza que se le notaba, su urbanidad, su dulzura; todo me había seducido. Me interesé por él, y si he de confesarlo, es el único jóven que yo puedo ver con tranquilidad.

—¿Conde!

—No, no! repuso, tratando de corregir las dos palabras que se le habian escapado de mas. Pero es el único jóven de quien conozco que no puedo celarme.

—¿Aun vuestros celos!

—¿Qué quereis? exclamó el conde con una seriedad de las mas cómicas. Es mas fuerte que yo. En vano querria negarlo; es verdad, soy celoso! ¡muy celoso! Los celos vienen de padres á hijos, están en la sangre; todos los Laguche son celosos. Si yo no fuese celoso, no seria un Laguche.

Á esta burlesca declaración, la marquesa no pudo reprimir una carcajada, que sin embargo no desconcertó á su viejo adorador.

—¡Reid, reid! Burlaos de mí! ¡No es menos cierto que si he permanecido hasta ahora soltero, fué únicamente por el temor que tenia de ser... de ser un marido desgraciado!

—¿Y soy yo quien ha tenido el poder de convertirlo? dijo la marquesa riendo. Es muy honroso eso que decís.

La marquesa tenía á veces un pícaro placer en desesperar al pobre conde. Esta vez, el conde queria tomar el desquite, pero no tenia bastante fuerza para luchar contra semejante adversario, y volvió á hacer girar la conversacion sobre Alberto.

—Volvamos á mi protegido.

La marquesa cesó de reir.

—Diríase que formalis empeno en contrariarme.

—No lo creais así, yo solamente tengo empeno en arreglar nuestras relaciones con pocas sobre este capítulo. Cuando se haya celebrado nuestra union, pienso tomarme por secretario.

Madama de Vincy se incorporó en su sofá, mirando á su interlocutor de un modo extraño con una especie de estrayto; luego se dejó caer indolentemente en su primera postura, y pronunció sin afectacion, pero con firmeza, estas palabras:

—No será nada de eso.

El conde comprendió que era preciso no chocar en ese momento con una voluntad tan bien decidida; trató de disimular su chasco bajo una sonrisa, y tanto mas deseoso de realizar su proyecto cuantos mas obstáculos encontraba, afectó hablar de otra cosa. Después de lo cual tomó su sombrero y se retiró.

Apenas se había cerrado la puerta tras él, cuando la marquesa, arrojando la máscara de frialdad é indolencia que había conservado hasta entonces, se levantó estremadamente agitada, cogió el papel que el conde había dejado en un mueble, lo recorrió estudiando cada una de las palabras que contenia, y después de leerlo bastantes veces para saberlo de memoria, volvió á tenderse sobre el sofá, dejando escapar algunas palabras sin flicion. Su mano, temblando con una especie de escalofrío, agarró el anillo de una campanilla y la agitó.

Se presentó una vieja, su nodriza, y muger de confianza.

—Margarita, rogad á Alberto que venga.

La vieja salió para cumplir esta orden. Al cabo de cinco minutos entraba en el retrete el preceptor. ¿Cómo y por qué tenia esto lugar? Al pasar el umbral de la puerta, su corazón palpitaba fuertemente.

Acercóse con timidez, y en la actitud de un hombre que viene á recibir órdenes. Sin embargo, era un hermosa jóven, de frente espaciosa, mirada llena de expresion y á veces de energia; pero en su exterior habia alguna cosa que revelaba largos y profundos sufrimientos; su fisonomia, en el reposo, era la de la resignacion.

Al percibir la cara severa de la marquesa, no pareció admirado, pues estaba habituado á verla así; solo que á la vista del papel que ella te-

nia en la mano, coloró sus mejillas un viv sonrosado.

La marquesa no aparentó notarlo.

—¿Conoceis esto, señor?

—Sí, señora; son algunos versos... una fantasía...

—¿Una fantasía?... Esos versos están dirigidos á una muger... á una muger de quien hablais en términos ardientes y apasionados.

—No sé, señora, repuso el jóven con respetuosa firmeza, qué casualidad ó qué indiscrecion ha hecho caer ese papel en vuestras manos, yo no creo tener que explicaros los términos de lo que contiene, y que vos interpretáis quizás en un sentido que no tienen.

La marquesa era demasiado muger de mundo para tener el aire de picarse, por lo que respondió con una frialdad glacial, casi desdenosa:

—Claramente no trato de penetrar vuestros secretos, que me importan muy poco; así es que no os he hecho venir para eso, aunque me parece poco conveniente que el preceptor de mi hijo se entregue á semejantes distracciones.

—Señora, vuestras palabras son bien severas; pero las acepto, porque no podeis penetrar el sentimiento que ha dictado esas líneas.

—Os he dicho que no queria saber su sentido ni á quién se dirigie; me dicen bastante para hacerme comprender que olvidais la gravedad de vuestros deberes.

—Si la señora marquesa lo juzga así, yo le he hecho mal sin duda.

Se inclinó é hizo un movimiento para retirarse, pero la marquesa le detuvo con un ademán.

—Tengo que deciros otra cosa que me cuesta mucho, pero que no puedo callar mas largo tiempo. Ante todo, estad persuadido de que aunque tomé con pesar esta determinacion severa, es, sin embargo, irrevocable.

—Hace mucho tiempo, señora, que estoy habituado á sufrir sin quejarme, de consiguiente hablad. Si es una desgracia lo que tenéis que anunciarme, decidlo lo mismo sin vacilar, pues sé bien que no he nacido dichoso.

¡Cosa increíble! esta respuesta llena de dolor no pareció producir ningun efecto en Mad. de Vincy; la muger mas estimada por su inalterable bondad. La marquesa repuso:

—No me es posible conservar mas tiempo cerca de mi hijo, pues se oponen á ello razones de familia.

Esta vez el corazón de Alberto se hinchó de dolor, y se volvió á un lado para enjugar una lágrima.

La marquesa no perdió nada de ese movimiento, y hasta experimentó en el fondo de su alma una vaga impresion, porque si hemos de decirlo, á la primera lectura de los versos se le había ocurrido una idea, patida en todas las mugeres en semejante ocasion: ¿si fuese para mí! Al percibir la emocion del jóven, le volvió á este pensamiento; se preguntó si él no la amaba, y aunque mas bien lo habria temido que deseado, quiso hacer la prueba hasta el fin. De consiguiente continuó escuchándole sus impresiones á medida que le dirigia alguna palabra.

—Me comprendeis sin dificultad. Sabéis que está muy cercano mi casamiento con el señor de Laguche. Con el carácter del conde, sus celos inquietos, no me es permitido conservar á un jóven en mi casa, y yo amo demasiado al conde para no evitar todo lo que pudiera hacerle sombra.

Pero el preceptor, á quien el anuncio de su despedida habia arrancado una lágrima, habia permanecido absolutamente indiferente á esa protesta de amor hácia el conde. Esa vez la marquesa se perdió en conjeturas; no pudiendo explicarse esa contradiccion aparente, tuvo por cierto que Alberto ni siquiera pensaba en ella, y repuso con alguna sequedad:

—No he querido despediros así súbitamente, para dejaros sin ocupacion. Una respetable y rica familia de mi conocimiento os tomará por uno de sus hijos, y partireis dentro de ocho días.

—¡Dentro de ocho días! repitió Alberto con una emocion involuntaria. ¡Gracias por vuestras bondades, señora!

—¿Vuestra orgullo os hace rehusar?

—¡Mi orgullo!

Sonrió á esta palabra con una sonrisa tan tris-

le, que al fin tocó el corazón de su interlocutora.

—No, señora, añadió; yo no rechazo sino lo que es vergonzoso, y no hay nada porque uno deba ruborizarse de ganar su vida con su trabajo. Ya acepto y os doy las gracias.

Y se retiró á su cuarto, en donde permaneció algun tiempo con la cabeza apoyada en las manos, entregado á una meditacion que le arrancó nuevas lágrimas. Al fin sacó de una novela un retrato de una muger. Esa imagen pareció devolverle la firmeza. Escribió una carta, reñió como unos cincuenta escudos, que era todo lo que quedaba de sus últimos emolumentos, hizo un paquete de todo, y terminado esto, volvió á caer en su meditacion.

—¡Me echa de casa! dijo. ¡Quiere alejarme!... Es preciso obedecer; hasta el día de pagarle la deuda sacada que he contratado hacia ella, y que ella ignora, estaré presente; y si para que ella sea feliz no se necesita mas que mi vida, bien pronto estará hecha el sacrificio.

Estaba lejos de pensar que no tardaria en presentarse la ocasion de cumplir su voto.

II.

EL HOMBRE DE LA CAPA PARDÁ.

Por su parte la marquesa, despues de su conversacion con Alberto, habia caído en una gran tristeza. Despues de lo que habia sufrido no hacia mucho, sin duda habia concebido la esperanza de tiempos mejores. Quizás en los sueños embalsamados de su retrete habia entrevisto lo que habia faltado siempre á su pobre corazón, un poco de amor verdadero; pero la reflexion y la fria razon, estendiendo su sudario sobre sus ilusiones, venian á recordarle la realidad y decirle que su posicion, su fortuna y su gloria no le permitian practicar así la loca voz de su corazón; que no tenia la eleccion de su destino, y que debia juzgarse aun muy dichosa en poder mirarse con un hombre que solo era un poco ridiculo.

De consiguiente, habia sentido que ese era un lenguaje contra el que no era dado debatirse, y se habia resignado lo mejor posible. Un dia habia notado que el pensamiento de Alberto se presentaba á ella con demasiada frecuencia: llena de honor y de ánimo, habia resuelto combatir esa idea. Así, viéndola obstinada en su espíritu, habia tratado de engañarse á sí misma, habia querido hacer á ese joven muy desgraciado, como si eso hubiera sido para ella un medio de persuadirse que le aborrecia. En fin, la hemos visto despedirse fríamente.

Ese esfuerzo habia abatido su valor. La marquesa se preguntaba qué fatalidad la forzaba á despadazar ella misma la única felicidad que hubiera podido esperar; porque despues de ese sacrificio, se dió la satisfaccion de ser una vez sincera consigo misma, y se confesó que le amaba. Le amaba á causa de su dolor y de su resignacion; le amaba porque él no se parecia á ninguno de los hombres que ella habia conocido, y porque era el único que jamás la hubiese dirigido una palabra de ternura. En fin, hacia una lura que le amaba, especialmente porque tenia que él amase á otra.

No es arrepenia de lo que habia hecho, porque tenia la conviccion de haber obrado segun sus deberes de madre y de muger honrada; pero si hubiese sido necesario principiar de nuevo semejante sacrificio, no habria tenido fuerzas. Tenia siempre á la vista aquella lágrima amarga caída de los ojos del preceptor, y era casi un remordimiento para ella; jamás habia hecho llorar á nadie; y habia afligido hasta ese extremo al pobre jóven; y eso porque ella le amaba!

Estaba sumergida en estas reflexiones cuando entró Margarita.

—¿Eres tú? dijo vivamente la marquesa. ¿Dónde está Eduardo?

Esto quería decir, ¿dónde está Alberto?

—Está con su preceptor, señora, á lo menos así lo creo, porque he encontrado hace un momento á Mr. Alberto que le buscaba. Yo no sé si debería decir esto á la señora; he creído mejor que estaba mas triste que de ordinario.

—¿Ah! y cuál crees tú que puede ser la causa?

—¡Dios mio! respondió tímidamente la anclada

criada. Yo sé que ha hablado con la señora hace un poco, y quizás la señora le ha hecho algunas reconvencciones; la señora es tan severa con él!

—¿Está bien! ¡está bien! ¿A qué viene hablar-me siempre de ese jóven?

—¡Es que la señora no le conoce como yo! Vos no sois justa con él, mi bondadosa ama, y eso me causa pena, á mi que sé que sois tan bondadosa con todos.

Las reconvencciones de su criada causaban á madama de Vincy una especie de felicidad; hablaban de Alberto y hacian su elogio.

Es probable que la conversacion se hubiese prolongado sobre la misma materia, si la vieja no hubiese recordado el motivo que la habia hecho venir, y que era una carta para su ama.

La marquesa miró el sobre y palideció al ver la letra.

—¿Quién te ha entregado esta carta?

La ha recibido José; el portador ha dicho que vendria dentro de una hora por la respuesta.

Los dedos de Mad. de Vincy atormentaban el sello sin poder decidirse á romperlo. En fin, lo rompió, y le bastó una ojeada para recorrer toda la página.

—¿Qué respuesta habrá que dar? preguntó tímidamente Margarita, que habia notado la turbacion de su ama.

—Cuando venga ese hombre le direis que no estoy en casa.

—¡De él! exclamó la marquesa cuando quedó sola ¡de él! ¡Y tiene la audacia de escribirme! ¡Oh! ¡no quiero, no debo verle!

Oyó subir al conde, que venia á hacerle su segunda visita cotidiana, y apenas si tuvo tiempo para ocultar la misteriosa carta.

Esa noche, cuando Alberto, libre de su trabajo como alumno, salió solo del hotel para llevar él mismo el paquete de que hemos hablado, al poner los pies en la calle, creyó percibir en la oscuridad á alguno en pie delante de las ventanas de la casa, y quiso asegurarse de ello; pero el desconocido hizo como que pasaba y continuaba su camino.

A su vuelta, media hora despues, vió desde el extremo de la calle, á la vaga claridad de la luna, la forma muy distinta de un hombre embobado en una capa parda, que parecia trataba de escabullirse á lo largo de las paredes, y que examinaba, como él que habia visto la primera vez, las ventanas del hotel de Vincy.

Paróse á observar las trazas de aquel extraño personaje, cuya presencia no anunciaba nada bueno, pero habiendo oído el ruido de una ronda al otro extremo de la calle, el hombre de la capa se apresuró á dejar su puesto, y pasó rápidamente tan cerca que tropezó con él.

Entró en el hotel, preocupado de ese encuentro, tanto que, sin decir nada á nadie por no causar una alarma inútil, resolvió vigilar él mismo. De consiguiente cargó dos pistolas, y cuando estuvo seguro de que todos se habian retirado á sus respectivos aposentos, descendió suavemente hacia el de la marquesa, entreabrió sin ruido la puerta de su antecámara, y se colocó detras de las cortinas, en el hueco de una ventana. Un secreto presentimiento le decía que si habia allí peligro, seria de aquel lado.

Hacia un rato que habian dado las doce. No obstante la ansiedad que le hacia distinguir hasta el menor ruido de la noche, Alberto no habia percibido aun ningun sintoma que pudiese justificar sus temores. En el exterior todo estaba tranquilo: en el hotel no se sentia el menor movimiento, hasta percibia por instantes la respiracion de la marquesa. Así cerca de ella, separado solamente por la puerta, en esa hora llena de misterios y prestigios, le acometió una idea súbita que jamás le habia ocurrido, que le hizo estremecerse, y que se esforzó por desechar como un vértigo de insomnio.

(Se continuará.)

EL VENTRILOCO.

Luis Brabant fué hijo de familia tan pobre, que estando casi en la miseria se vió reducido á

ser vaquero, y por lo tanto no pudo recibir educacion ninguna. En su soledad y aislamiento cultivó y perfeccionó el talento natural que tenia de modicar de mil modos su voz, y de imitar sobre todo con extraordinaria exactitud el timbre y acento de cualquier persona, aunque solo una vez le hubiese oído. Llegó á tan extraordinaria perfeccion en su arte, que en el día causaria envidia á todos los ventrilocos existentes, y con su talento logró hacerse rico y ayuda de cámara de Francisco I de Francia, plaza tan honrosa entonces como deseada.

Para hacer fortuna no siguió Brabant el camino largo y dudoso de nuestros ventrilocos; lejos de explotar en público su habilidad, la ocultó con sumo cuidado hasta á sus mas íntimos amigos, y los buenos resultados que obtuvo vamos á verlos.

A pesar de su talento no dejó Brabant de enamorarse; aspiraba por Luisa, una de las mas lindas jóvenas de Paris, que era al mismo tiempo rica heredera y de familia distinguida. Otro se hubiera desesperado de tantos obstáculos y se hubiera tirado de cabeza al Sena; pero Brabant obró de otro modo; armado de todo su atrevimiento se fué á pedir la mano de su amada á su familia, contándole mil mentiras sobre su fortuna y nacimiento. Resultó tan solo que despues de convenientes esplicaciones, le plantaron de patitas en la calle.

Otro se hubiera considerado derrotado: él no.

—Corriente, dijo, ya hay un principio, ya hemos hecho conocimiento, solo es preciso ahora cultivar las relaciones. Volveré á visitar á estas buenas gentes, sé que les daré gusto, sino al entrar, al menos al salir; y se fué muy tranquilo á su casa. A poco murió el padre de Luisa, y arregló sus medios en consecuencia. Una noche la viuda, que aun afligida estaba sola en su cuarto, oyó la voz bien conocida de su esposo, que le decía:—«Dad mi hija á Luis Brabant, es muy rico y tiene excelente genio, estoy en el purgatorio sufriendo el castigo de haberme espuesto á una union tan conveniente, haced lo que os mando y quedaré libre.» Espantada la viuda, se salió á la antecámara, y allí encontró á los lacayos arrodillados, rogando por el buen descanso de su amo, pues tambien habian oído su voz. Por favor especial del cielo sin duda, se hallaba tambien Brabant en la antecámara esperando que estuviese visible la señora, pero desde que llegó no habia despegado sus labios, ni aun para rogar á Dios. Se le preguntó y hasta se le acusó de ingrato por no haber rogado por el descanso del difunto; pero aun fué mayor el asombro cuando aseguró no haber oído nada. El hecho era milagroso, la orden terminante y no habia medio de sostenerse, y aquel mismo dia quedó arreglada la boda.

Aun habia un tropiezo, y era que Brabant no tenia un cuarto, á pesar de la voz, y era preciso dinero para los regalos, la boda, los primeros gastos, etc. Despues de haber abrazado á su futura y hecho las mas brillantes promesas á su suegra, salió como siempre tan tranquilo, pero al llegar á la calle se puso á cavilar un rato, y en lugar de ir á su casa se dirigió á la calle de la Antigua Judería.

Allí vivia Cornu, el viejo Cornu, honrado usurero que solo prestaba al veinte y cinco por ciento sobre alhajas, desde que la justicia habia tratado de mezclarse un poco en sus negocios, á consecuencia de la ruina de algunos tontos. Aunque judío hasta la punta del pelo en cierto modo, Cornu era un buen cristiano que asistia á misa los domingos y dias festivos, y comulgaba anualmente porque era de valde. Tenia tan alta idea de la divina misericordia, que tenia propósito de borrar todos sus pecadillos por su buen arrepentimiento, en cuanto estuviese repleto su último cofre; sin embargo, la conciencia del viejo usurero empezaba á gritarle casi tan alto como su avaricia, y de tiempo en tiempo se veia atormentado por remordimientos, cuando los negocios le dejaban pensar en otra cosa que en el dinero.

Un dia se presentó un extraño en su casa, y poco á poco fué la conversacion rodando por casualidad sobre el infierno, los diablos, espectros y otras cosas tan tremendas, que el pobre Cornu temblaba como azogado. De pronto, durante una de las pausas causadas por la emocion misma, se oyó una voz estraña, tremebunda. Era el alma

del padre del honrado usurero, que escapada un instante de las llamas del purgatorio, venia á echar en cara á su hijo el no abreviar sus padecimientos con alguna accion caritativa. «Si no entregas, dijo el alma, una buena cantidad de dinero á Luis Brabant para rescatar cautivos de los moros, no te escaparás de la eterna condenacion que tus robos y pecados merecen, y que tu padre tendrá que sufrir aun en el purgatorio algunos siglos.»

El viejo Cornu, medio muerto de miedo, prometió al alma cuanto quiso, y ya creia Brabant que iba á recibir el dinero; pero echaba cuentas sin la huéspedes. Cuando hizo la primera indicacion al usurero, respondió: «Si, sí, ciertamente lo haré... soy viejo, muy viejo, y no me moriré sin haberlo hecho... poner en mi testamento.» Por mucho que dijo Brabant, nada pudo conseguir del usurero, en quien la avaricia pudo mas que el terror, el infierno y las súplicas del alma de su padre. No se consideró derrotado nuestro ventrilocuo, y le pareció conveniente una segunda visita del alma. Ya no fué solamente su padre, sino todos los conocidos de Cornu difuntos los que le hicieron oír sus terribles amenazas; formaron un concierto verdaderamente infernal, y el pobre Cornu, entre mil lamentos, oía tremendas amenazas para esta y la otra vida. Al fin, vencido por el terror, se decidió á entregar á Brabant la enorme suma de diez mil coronas, y desde entonces lo dejaron tranquilo los difuntos.

Ya rico nuestro ventrilocuo se casó con su novia; la boda se hizo con mucho fausto, y á los postres de la comida de tornaboda, tuvo Brabant el descaro de referir la historia de las diez mil coronas, que fué el lance mas divertido. Esta confianza, hecha hoy tan descaradamente, valdria al ingenioso industrial algunos años de presidio, pero en aquellos tiempos solo sirvió de diversion, y no tuvo mas consecuencias que la muerte de Cornu, desesperado, cuando lo supo, la plaza de ayuda de cámara de Francisco I á Brabant por su ingenio; y extendida en el público la reputacion del ventrilocuo de un alegre camorrista, y su ingreso en consecuencia en todos los salones de la corte y la ciudad.

EL ELEFANTE.

No hay duda en que es el primero de los animales terrestres, les excede á todos en magnitud; parece acercarse al hombre en el talento; une á una fuerza prodigiosa el valor, la prudencia, la obediencia exacta, y aun la moderacion en sus mas vivas pasiones; agradece los beneficios y es sensible á las injurias; conoce á sus amigos, solo acomete al que le ha ofendido, vive en paz con los demas animales, es amado de todos, y respetado sin ser temido.

Por esta razon los hombres le han tenido una especie de veneracion. Los antiguos le miraban como un prodigio, como un milagro de la naturaleza; los indios creen que su magestuoso cuerpo está animado por un grande hombre ó por un rey. Se respeta en Siam y en Laos á los elefantes blancos como á los manes vivos de los emperadores de la India.

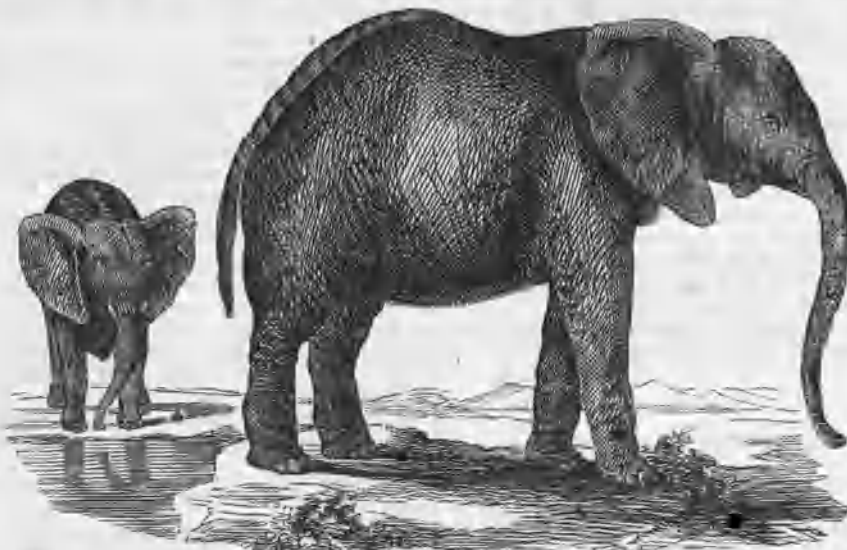
El elefante tiene las costumbres sociales: camina regularmente en compañía; el de mas edad conduce la tropa; los jóvenes y débiles van en medio; las madres conducen á sus hijos abrazados con la trompa. Tienen el olfato excelente, se alimentan de yerbas y granos, no aman la carne.

Es fácil domar á este animal, y entonces es el mas obediente y dulce de todos; ama al que le cuida, le acaricia y procura agradarle. A poco llega á comprender las señas y á entender las expresiones de los sonidos. Acaricia á sus amigos con la trompa, de la cual se sirven todos como de una mano; gusta de los adornos; sufre la fatiga y el rigor, como no sea excesivo.

Su especie es bastante numerosa, y se halla extendida en todos los países meridionales del Africa y del Asia.

Son útiles para la guerra; hacen jornadas de quince ó veinte leguas al día, y si se les aprieta, de treinta y cinco á cuarenta. Son mas útiles que cinco ó seis caballos, aunque se gasta mu-

cho en su alimento. En la India sirven para conducir todas las mercaderías. Se refieren varios casos particulares de su instinto y virtudes. Los autores de la Enciclopedia aseguran como positivo el siguiente:



Un elefante acababa de vengarse de su conductor dándole muerte: su muger, que presenciaba tan horroroso espectáculo, tomó sus dos hijos, y los arrojó á los pies del animal, que aun estaba furioso, diciéndole:

—Pues que has muerto á mi marido, quitame tambien la vida, y á mis dos hijos. El elefante se detiene á estas voces, se amansa al instante, y como si se sintiese arrepentido, toma con su trompa al mayor de los dos niños, y se lo pone sobre su cuello, le adopta por su corraje ó conductor, y desde entonces no quiere sufrir otro.

MISCELANEA.

SANTEUL Y EL PORTERO.—Santeul se retiraba algunas veces mas tarde de lo que convenia á un hombre de su estado. Una noche que queria entrar en San Victor despues de las once, se negó el portero á abrirle la puerta, porque decia que se lo habian prohibido. Despues de muchas súplicas y ruegos, y despues de muchas negativas, nuestro poeta deslizó un medio duro bajo la puerta, é inmediatamente se descorrieron los cerrejos. Apenas hubo entrado, cuando fingió haber olvidado un libro sobre un poste donde se habia sentado para aguardar á que le abrieran. El oficioso portero saltó para ir á buscar el libro, y Santeul cerró inmediatamente la puerta tras él. El tio Pedro, que se hallaba medio desnudo, se puso á llamar á la puerta; nuestro poeta le respondió que no abriria, porque el padre prior lo habia prohibido.

—Pero señor Santeul, yo le he abierto á usted de buena gana.

—Yo te abriere al mismo precio, dijo Santeul. El portero volvió el medio duro, y la puerta se abrió otra vez.

Un cura, hombre de talento, que no son raros, gracias á Dios, seguia un pleito contra sus parroquianos ante el juez de paz de su pueblo.

Trataban de hacer decidir por justicia quien, ó los feligreses ó él, habia de poner el pavimento de la Iglesia. Los parroquianos pedian que el cura solo fuese condenado á sufragar estos gastos, y el cura por su parte sostenia que debian ser hechos por sus parroquianos. El juez visiblemente se inclinaba por estos últimos. Ha á condenar al sacerdote, cuando á este se le ocurrió citar muy á punto cierto versículo de Jeremias que expresa el siguiente pensamiento para los que saben latin: «Tiemban ellos, yo no tiemblo.» Hemos dicho para los que saben latin, porque para las personas que no lo saben, este versículo tiene

trazas de significar otra cosa muy distinta. Justamente sobre este efecto y sobre la ignorancia del juez, habia contado el cura. Así se puso á clamar con vehemencia estas palabras del profeta: —*Paveant illi, et ego non paveant.*

El magistrado se quedó hecho una estatua con la cita.

—¿Cómo! dijo, ¿habia previsto Jeremias este litigio?

—Bien capaz era de ello.

—Sin duda, replicó el juez, y estaba en sus atribuciones de profeta.

Y al mismo tiempo, volviéndose hácia los parroquianos:

—Qué quereis, les dijo, yo no puedo ponerme en pugna con un profeta. Y pues que Jeremias ha mandado que cubráis vosotros los que pavimentáseis, *paveant illi*, os condeno á poner el pavimento, y si no estais contentos echadle la culpa á él.

LA BUENA COMERCIANTA.—Un pobre aldeano en peligro de muerte hizo su testamento. Dijo en seguida á su muger:

—Quisiera dejarte alguna cosa en recompensa del amor que me has tenido. Sabes que tengo un caballo: te suplico que lo vendas, y des á mis padres el dinero de su importe; tambien tengo un perro: te lo doy, guárdale, porque estoy seguro que te servirá en muchas cosas. La muger prometió obedecer á su marido, y para cumplir su deber fué al mercado una mañana con el perro y el caballo.

—¿Cuánto quiere vd. por ese caballo? le dijo un tratante.

—Quisiera, respondió la muger, vender el caballo con el perro que vd. ve; y vd. me dará, si quiere, diez duros por el perro y un duro por el caballo.

Quedó muy asombrado el tratante de lo que decia, pero como podia hacer un buen negocio con el caballo, cogió el perro tambien y le dió el dinero.

Instantaneamente la buena muger, escrupulosa en la ejecucion de la última voluntad de su marido, dió á sus padres el duro que habia tenido del caballo, y guardó para ella el dinero que le habia sido contado por el mercader en nombre del perro.

EL NUMERO CUATRO.—El número cuatro estaba en gran veneracion entre los discípulos de Pilágoras: decian que encerraba toda la religion del juramento, y que recordaba la idea de Dios y de su infinito poder en el arreglo del universo.

Le llamaban *quaternarius numerus*, porque con el número tres se formaba el de siete, á que se atribuian una infinidad de virtudes. El número cuatro estaba consagrado á Mercurio, porque aquel dios habia nacido el cuarto día del mes